

REVISTA KARMEL

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA



*Isabel de la
Trinidad,*

Edición
noviembre
No. 19
2022

**“¡CUÁNTO DESEO LLEVARLE
ALMAS A MI JESÚS!”**



SUMARIO

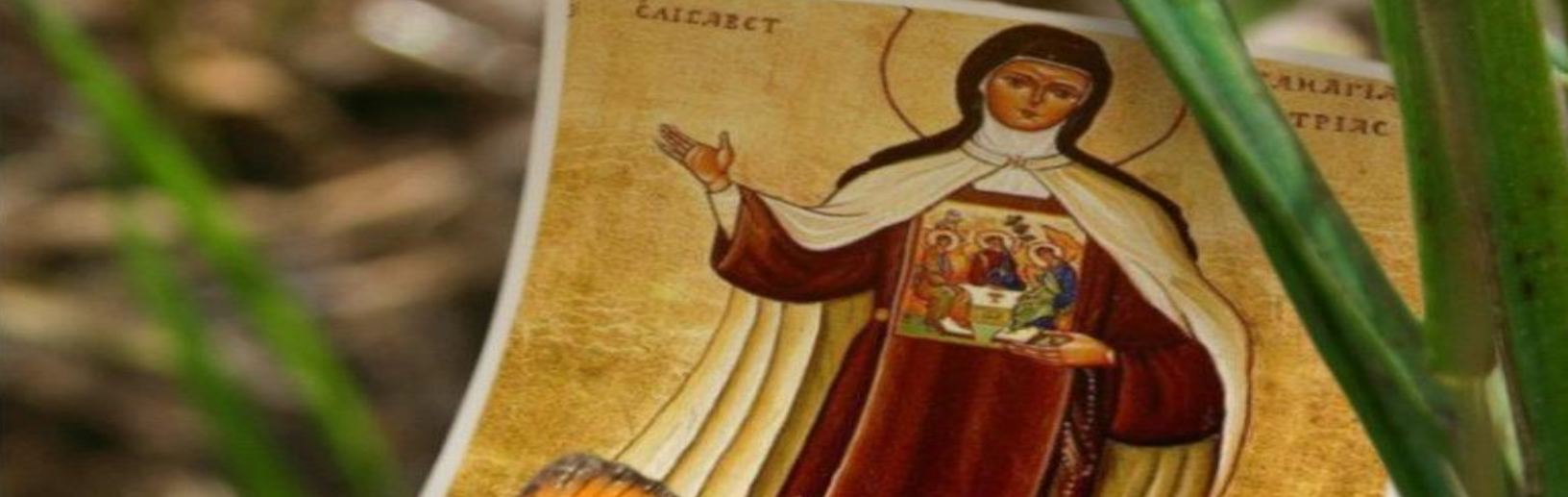


1. *¿Es posible vivir hoy en silencio con la Trinidad?*

4. *“¡Cuánto deseo llevarle almas a mi Jesús!”.*

8. *¿Cómo ser alabanzas de gloria?*

12. *Píldoras carmelitanas.*



¿Es posible vivir hoy en silencio con la Trinidad?

Olga Lucía Criollo Díaz de San José, OCDS Cali

¿Nos ha pasado que vamos a la Eucaristía y nuestro cuerpo está en el templo, pero nuestra mente está muy lejos? ¿Nos ha pasado que estamos en medio de una multitud y nos sentimos absolutamente solos o que recibimos una y otra llamada y uno y otro WhatsApp, pero no sabemos a quién responder primero?

Sí, sí nos ha pasado. Y cada vez nos pasa con más frecuencia, porque el mundo de hoy gira alrededor de la comunicación y nos exige estar en contacto con mucha gente al mismo tiempo. El hogar, el trabajo, los amigos, la parroquia no dan tiempo ni para respirar, solemos decir coloquialmente. Es que estamos en una sociedad globalizada, dirán los más científicos.

Pero resulta que, **en medio de ese supuestamente necesario intercambio permanente con los demás, los católicos estamos dejando de lado un valioso regalo que nos ha dado Dios: el silencio.**

La Real Academia de la Lengua Española nos dice que el silencio es la abstención de hablar y la falta de ruido. Sin embargo, en el Carmelo Descalzo

**“¡Oh, mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo!”:
Santa Isabel de la Trinidad**

encontramos que tanto Santa Teresa de Jesús como San Juan de la Cruz le dieron un significado mucho más profundo a esa actitud de apartarse de los demás en busca de una reconfortante quietud.

“Nunca debe haber lugar en el que se reúnan para trabajar juntas, no sea que eso dé ocasión de quebrantar el silencio”, les decía Santa Teresa a sus hijas en las Constituciones que debían regir la vida monástica.

“Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma”, escribiría el Santo de Fontiveros en sus Dichos de Luz y Amor.

De esas dos fuentes de sabiduría espiritual, pero sobre todo de profunda conexión íntima con Dios, fue que bebió desde niña Elizabeth Catez, quien a sus quince años de edad ya soñaba con “vivir contigo solitaria” a los pies de Cristo y a los 19 años le prometía en su diario: “Pronto seré toda tuya, viviré en la soledad, sola contigo, no ocupándome más que de Ti, no viviendo más que contigo, no conversando más que contigo”.

Es por ello que luego, ya hija formal de Santa Teresa, ingresada en el Carmelo de Dijon, Isabel de la Trinidad se convertirá en la santa del silencio y del recogimiento. Un título que será el resultado de su definitiva y enamorada opción de estar siempre, en cuerpo y alma, “sola con el Solo”, para lo cual la vida ermitaña contemplativa, que le significaba la pertenencia a la Orden de los Carmelitas Descalzos, resultó ser la puesta en escena perfecta.

Fiel seguidora de Elías, el obediente apartado por el Señor, Isabel de la Trinidad va a encontrar en esa opción cristiana la única y a la vez máxima forma de elevarse hasta la unión divina. “¡Ojalá pudieras ver cómo el Carmelo es un rincón del cielo! ¡Oh, el silencio, la soledad! Aquí se vive a solas con Dios solo. Aquí todo habla de Él. Por todas partes se siente tan vivo, tan presente”. Luego dirá de su celda, su pequeño paraíso: “Un jergón, una pequeña silla, un pupitre sobre una tabla: he ahí el mobiliario. Pero está lleno de Dios y ¡paso tan buenas horas! Sola con el Esposo. Me callo, Le escucho. ¡Es tan bueno oírlo todo de Él! Y luego, lo amo”.

Queda claro que, para esta hija de Santa Teresa, la soledad se constituye en la única manera posible no solo de asumir su entrega al Señor, su rol como religiosa, sino en un propósito que se vuelve vida, propiciando y degustando en todo momento el placer de estar sumergida en el silencio que por fin la hará una con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo.

¿Por qué? Porque es un silencio orante, un silencio adorador, un silencio que quiere imponerse por sobre cualquier situación, realidad o requerimiento, porque es el camino que su alma la impulsa a recorrer: callar sus potencias y aislarse de todo lo creado, con la más sublime de las inquietudes: “Hagamos el vacío, desprendámonos de todo; que no haya más que Él, Él solo”.

Pero volvamos al presente, a la vida convulsionada de nuestros tiempos, al agite que se disfraza de tecnología para separarnos primero de nosotros mismos y, ante todo, de Dios. Preguntémonos qué tiene que decirle Santa Isabel de la Trinidad a nuestra fe y a la manera como nos desenvolvemos en el azaroso día a día.

Puede ser que lo primero que venga a nuestra mente es que ella era una santa. ¿Y nosotros? ¿No estamos acaso llamados a ser santos como nuestro Padre es Santo, según nos dice San Mateo en el capítulo cinco de su Evangelio?



Sí, es cierto. Isabel de la Trinidad está hoy en los altares, pero un día fue niña, hija, hermana, mujer, ciudadana, como tantas y como tantos de nosotros. Solo que, confiada en la oración, ella hizo una elección: eligió abandonarse por completo a Él, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a través de un camino que fue el de la soledad y el silencio. Silencio no como una alejada soberbia de todo y de todos; no soledad como un aire de superior orgullo, sino como un desasimiento material y humano para darle el primer lugar al Hacedor de todo, de manera que siendo una con Él, mejor todavía, siendo Él mismo, nos invite a descubrir que la clave también está en el amor y que ese es el motor que nos debe impulsar a querer huir del bullicio tanto interior como exterior para adentrarnos, en medio de nuestra realidad, en una profunda unión con Dios.

Entonces Él, el Amado que se deja amar y ama, nos engolosinará con tal quietud, con tal apaciguamiento que, como la Santa de Dijon, podremos empezar a palpar su presencia en todos y en todo. “Toda la naturaleza me parece tan llena de Dios: el viento que sopla en los grandes árboles, los pajarillos que cantan, el hermoso cielo azul, todo eso me habla de Él”.

Queda claro así que nuestro reto es buscarlo también en las cosas cotidianas, en lo que vemos y vivimos cada día. ¿Cómo? Buscando siempre acallar todas nuestras potencias para que nuestros sentidos, nuestra imaginación, nuestra memoria, nuestra inteligencia, nuestra voluntad no se detengan en nada “que pueda distraer el corazón o retardar al alma que camina hacia Dios”.



“El alma virgen no se permite una sola mirada fuera de Cristo. No menos necesario es el silencio de la imaginación y de las otras potencias del alma. Llevamos por doquier con nosotros todo un mundo interior de sensaciones e impresiones que amenaza a cada instante con volver a apoderarse de nosotros. Allí también debe ejercitarse el ascetismo del silencio. Un alma que se divierte todavía con sus

recuerdos, ‘que persigue un deseo cualquiera’ fuera de Dios, no es un alma de silencio, tal como la quería sor Isabel de la Trinidad”, nos explica Fr. M.M. Philipon, O.P., en “La Doctrina Espiritual de Sor Isabel de la Trinidad”.

Y en ese mismo texto destaca una máxima muy provocadora de la Santa, en el buen sentido de la palabra, que parece ser una explícita invitación a observar una vida contemplativa, más allá de las rejas de un monasterio: “Me parece que nada puede distraer de Él cuando no se obra más que para Él, siempre en su santa presencia, bajo esa divina mirada que penetra en lo más íntimo del alma. Aun en medio del mundo, se puede escucharlo en el silencio de un corazón que no quiere ser sino de Él”.

Es la confirmación de que ahora y aquí, en medio del auge del celular y las comunicaciones, de los muchos compromisos que la sociedad consumista y globalizada insiste en imponernos y de nuestro apego por el bullicio y las multitudes, sí es posible vivir por y para el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo si reconocemos nuestra impotencia y le pedimos, como Isabel, que seamos revestidos de Él mismo.

Solo nos queda abandonarnos a su amor y, con la confianza de quien se sabe amante y amada, decir con ella y como ella: “¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme enteramente de mí para establecerme en Ti, inmóvil y tranquila, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Ti, ¡oh mi Inmutable!, sino que cada minuto me sumerja más en la hondura de tu Misterio”. Amén.





“¡Cuánto deseo llevarle almas a mi Jesús!”

Angela María Guzmán de la
Santísima Trinidad, OCDS Cali

La misión de todo bautizado ha de ser la de conducir a otros hacia el pozo interior donde habita y espera Jesús. Allí donde solo se puede saciar la sed que tienen las almas de Dios, sed de infinito, y la sed de un Dios que hecho hombre nos pide a nosotros que le demos de beber.

Escribirá el padre John Jairo Herrera Vargas, OCD, que “sor Isabel emerge como un signo profético para una sociedad como la nuestra: dispersa, vanidosa y descuidada de la interioridad; ignorante del valor y la dignidad del alma; entregada apasionadamente a conquistar la materia y desatendida del reino del Espíritu” (Revista Vida Espiritual de 2006, artículo “La misión de sor Isabel de la Trinidad: atraer almas al recogimiento interior”).

Ella vive su Bautismo a plenitud y se siente llamada a conquistar almas, compartiendo con otros la Buena Nueva, “trabajando por la salvación de sus semejantes con la misma pasión de su Esposo Crucificado” (R.V.E.).

María Isabel Catez Rolland, Santa Isabel de la Trinidad, necesitaba compartir su experiencia de Dios, que inició en los primeros años de su infancia.

Ella tenía la certeza de “que lo propio del amor no es reservar nada para sí” y ese amor recibido y vivido es lo que, según sus meditaciones, “arrastra a Dios hacia su criatura”.

Por eso a través de sus catequesis antes de ingresar al Carmelo, de sus sacrificios, de sus cartas, de su oración y de las visitas en el locutorio, Isabel arde en deseos de dar a conocer “qué fuente de fortaleza y paz y también de felicidad encontrarían si consintieran en vivir en esta intimidad”. “Dios en mí y yo en Él”, esa es su divisa y nos invita a hacerla nuestra “para que tomemos conciencia de las riquezas divinas del Bautismo” (Fr. M. M. Philipon OP), para ayudarnos a salir de nosotros mismos, adhiriéndonos a Dios, permitiéndole a Él imprimirse en nosotros hasta transformarnos en Él.

No hay excusa, este es el mandato de Jesús al que Santa Isabel de la Trinidad quiere corresponder sin demora: “Id proclamando que el Reino de los Cielos está cerca” (Mt 10,7). Sí, “El cielo es Dios y Dios está en mi alma. El día en que comprendí eso, todo se iluminó para mí y quisiera decir ese secreto en voz muy baja a los que amo, a fin de que ellos, a través de todo, se adhieran a Dios”.

Cristo le ha comunicado la vida eterna a esta hija predilecta. Ella a su vez desea comunicarla al mundo porque ha comprendido que en el interior del ser humano se halla el mayor tesoro: Dios, que nos creó y que nos salva. Un Dios cercano, amigo, comunión de amor, siempre presente para descubrirnos el verdadero sentido de la vida y todo lo que en ella acontece.

No tenemos que recorrer muchos caminos ni viajar a lugares lejanos para encontrar la verdadera felicidad. No necesitamos acoger nuevas ideologías que nos propone el mundo para descubrir la libertad que ya poseemos. No hemos de hallar sosiego y verdad fuera de nosotros mismos. Entra, dirá Santa Teresa de Jesús. Entra en tu morada interior donde habita la Trinidad Santa: “Allí está nuestra morada, la casa paterna de la que jamás debemos salir” (Isabel de la Trinidad).

En la cotidianidad de Isabel todo se llena de consejos sobre la presencia de Dios para engolosinar a otros de un bien tan alto: “Que tu alma sea su santuario, su reposo en esta tierra en donde es tan ofendido” (Carta a la Sra. De B., 17 de agosto de 1905). “Que Él haga de tu alma un pequeño cielo en donde pueda descansar con felicidad. Quita de ella todo lo que pudiera herir su mirada divina. Vive con Él. Donde quiera que estés, cualquier cosa que hagas, Él no te abandona nunca. Permanece, pues, sin cesar con Él. Entra en el interior de tu alma: lo encontrarás siempre allí, queriendo hacerte bien” (Carta a la Sra. De B., 1905).

¿Qué necesitamos? Dirá el padre José Manuel Arribas, OCD: “Comenzar a descubrirnos a nosotros mismos, a valorar nuestro mundo interior, en el cual podemos sumergirnos para encontrarnos con un auténtico yo, libre de todo velo, y así encontraremos a Dios, al prójimo y al mundo. En nuestro interior está la clave que unifica nuestra vida, alcanzando la armonía y la paz”.

No podemos callar ni abrazarnos a la comodidad. Nuestro compromiso es compartir lo que Dios ha hecho en nuestra historia, en nuestra vida, desde lo profundo del ser. Es deber del discípulo proclamar que somos portadores del Reino y que este no es un privilegio para unos pocos ni una

posesión egoísta. Lo que Dios obró en Isabel está a tu alcance y al alcance de todos.



“¡Cuánto deseo llevarle almas a mi Jesús! Daría mi vida por contribuir a salvar una sola de esas almas que Jesús tanto amó. ¡Quisiera darle a conocer, hacer que le amase toda la tierra! ¡Soy tan feliz de ser suya! ¡Quisiera que el mundo entero se pusiese bajo ese yugo tan suave y bajo esa carga tan ligera!” (Diario Espiritual).

Ese llevar a Dios a los demás, como dice el padre José Manuel Arribas, OCD, “conlleva una necesidad imperiosa de hacer silencio, de permanecer a los pies del divino Maestro, ávidos de conocerlo todo, de penetrar cada vez más en el misterio del amor que Él vino a revelarnos. Mantener contacto continuo y beber ininterrumpidamente de la fuente que es Cristo, incluso en la acción. Se puede entonces irradiar a Dios”.

El anhelo permanente de Isabel será rescatar almas para sumergirlas en la profundidad del Misterio. Para hacerlo, esta carmelita descalza se ofrece al Padre como víctima, dispuesta a colaborar en la obra redentora de su Esposo: “Oh, Padre Eterno: ¿No estás conmovido? ¿Qué falta aún? Almas, Dios mío; dame almas al precio de cualquier sufrimiento. Toda mi vida será una expiación. Estoy dispuesta a sufrirlo todo: pero gracia y misericordia para el mundo, en nombre de Jesús, mi Divino Esposo, a quien deseo consolar” (DE 22).

“Rezo tanto por el señor Chapuis”

San Pablo es para Isabel de la Trinidad su maestro espiritual. Es quien la anima a estar fortalecida en la fe y a recorrer el camino del Calvario. Le descubre en la Carta a los Efesios (1, 11- 12), su llamado a ser Alabanza de Gloria y de él también acoge la invitación a orar sin distinción de personas: “Ante todo recomiendo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos, sin distinción de personas (...), para que podamos llevar una vida tranquila y en paz, con toda piedad y dignidad. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, pues Él quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2, 1-4).

¡Qué bien acoge, Isabel, las enseñanzas de la Sagrada Escritura! Su intensa vida parroquial y las misiones anuales en las que participa, antes de llegar al Carmelo, revelan en su corazón que el amor de Dios está unido al amor por las criaturas, sedientas y necesitadas del Padre. Se sentirá entonces como el instrumento que utiliza Jesús para calmar su sed de almas y sale de sí para inmolarse con la oración por aquellos que deben encontrar el camino de regreso a Dios.



Es tal su inquietud, que durante los cultos de la Adoración Perpetua, en febrero de 1899, Isabel quiere llevar a Jesús el alma de su casero, el señor Chapuis, propietario de la residencia donde ella vivía con su madre y su hermana Margarita. “Una excelente persona y tan caritativo como alguien pueda serlo. He ofrecido varias comuniones por esta alma y cuento con la Misión para llevar a cabo esta hermosa obra. ¡Ay, si yo pudiese tener una pequeña parte en esa conversión! ¡Sería demasiada felicidad, Dios mío! ¿Qué no soportaría yo para ello? Maestro bueno, aumenta mis sufrimientos, ¡te ofrezco mi vida por la salvación de esa alma!” (Diario Espiritual).

Nuestra carmelita descalza quiere “gastarse” por amor a Cristo, quiere destilar como Él su sangre gota a gota para su cuerpo que es la Iglesia. No es el sufrimiento sin sentido. Es el sufrir para consolar a Cristo y en Él alcanzar redención para sus hermanos. Se mortifica en lo exterior con pequeños actos de amor. Pero la heroicidad, no pretendida, la alcanza con su mortificación interior, renunciando a su voluntad por acoger en todo la voluntad de Dios. “Si tu así lo quieres, estaría dispuesta a vivir en el infierno para que de ese abismo infernal subiese incesantemente hacia ti la plegaria de un corazón que te ama” (DE).

Ella es la ofrenda que se dona por entero para alcanzar la conversión de los pecadores y ni el agotamiento físico, ocasionado por la enfermedad de Addison que la consume, le hará desistir de sus propósitos. “Isabel Catez era una mujer hecha para los demás. Por eso, el apostolado fue una preocupación permanente durante su juventud (...) siente un amor especial por los pecadores. Ofrece por ellos sacrificios y hasta su propia vida. Le atormenta la posible condenación de las almas. El sufrimiento tiene para ella un sentido redentor” (padre Alfonso Aparicio, C.D.).



Insistirá Isabel: “La Misión se acerca y yo redoblo mi oración por su éxito y especialmente por la conversión de esa alma que quiero llevar a Dios a toda costa. Esa idea me persigue noche y día. Esta mañana comulgué, porque hoy comienza el mes de San José y le he pedido a este gran santo, en quien tengo una enorme confianza, que venga en mi ayuda para atraer a ese pecador. Ya no sé qué decir para conmovir el corazón de Dios. ¡Se lo he pedido tanto! Pero, sobre todo, no voy a desanimarme. Padre bueno –le dije-, en nombre de Jesús, mi Esposo divino, de Jesús, holocausto sublime, de Jesús cautivo por nuestro amor, escucha mi oración (...) Él se sentiría tan feliz, su corazón se alegraría al ver que alguien que lo había olvidado volvió por fin a Él” (Diario Espiritual).

Reflexionemos:

En el Evangelio Según San Lucas (15,7), el Señor nos manifiesta que “habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión”.

De manera personal, estoy convencida que todavía no hago parte de ese grupo selecto de los justos y aun así, Jesús se sigue glorificando en mí para que esa misericordia y salvación de la que me hace partícipe llegue a todos aquellos que por alguna razón divina pone en mi camino.

Por eso te invito, en medio de tu fragilidad y de tus imperfecciones, no solo a seguir reconociendo la presencia de Dios que habita y te transforma en lo interior, sino también a tomar de la mano o a sumergir en tu corazón a tantas personas que desconociendo el amor de Dios pasan sus días dándole el control al sinsentido.

Oremos con Isabel: “Mientras siga en la tierra, dignate permitirme hacer algo de bien. Yo soy tu pequeña víctima. Sírvelte de mí. Sí, haz de mí lo que te plazca. Todo lo pongo en tus manos: cuerpo y alma, deseos y voluntad. Todo te lo doy” (DE).





¿Cómo ser alabanzas de gloria?

Antes de dar respuesta al título de este artículo desde la experiencia de Santa Isabel de la Trinidad, abordemos lo que significa el término alabanza.

Para la sociedad de hoy dicha palabra se ha desvirtuado un poco, así como suele suceder cuando se habla de la misericordia. Quizá por desconocimiento o comodidad, los términos se van moldeando a las dinámicas cotidianas y pueden llegar a perder el verdadero sentido.

Lo cierto es que en el acontecer del mundo, la alabanza se ha convertido en el recurso para elogiar logros, cualidades y virtudes de las personas. Y esto último no está mal. Seríamos egoístas y orgullosos si no tuviéramos la capacidad de reconocer lo positivo y las bondades del ser humano. Sin embargo, debemos estar alertas cuando ese alabar termina poniendo sobre pedestales a las personas o a nosotros mismos, desviándonos del camino de la pequeñez.

También podríamos preguntarnos cuántos intereses y recompensas suelen buscarse al ensalzar a otros con detalles y palabras o cuántas veces algunos solo tienen disponibilidad para los demás al recibir, más que alabanzas, adulaciones.

Para la Real Academia Española, alabanza es la “acción de alabar o de alabarse” y alabar es “manifestar aprecio por alguien o por algo, poniendo de relieve sus cualidades o méritos”. Igualmente se define como “jactarse o presumir de algo”.

Según el Catecismo de la Iglesia Católica, la alabanza es la “forma de orar que reconoce de la manera más directa que Dios es Dios. Le canta por Él mismo, le da gloria no por lo que hace, sino por lo que Él es. El Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (cf. Rom 8,16), da testimonio del Hijo único en quien somos adoptados y por quien glorificamos al Padre”.

En el texto “la alabanza, un acto de amor”, publicado en la página es.catholic.net, se afirma que “aquel que sabe reconocer su verdad de creatura es capaz de elevar el espíritu a su Dios, reconociendo su grandeza, su fuerza, su poder, su honor”.

Dirá San Pablo en la Carta a los Romanos (16,27): “A Dios, el único sabio, por Jesucristo, ¡a Él la gloria por los siglos de los siglos!”.

Ahora sí, entremos en la experiencia de Santa Isabel de la Trinidad para que a través de ella nosotros también seamos Alabanza de Gloria en este cielo anticipado.

Como se enfatizaba en el artículo anterior de esta revista, titulado “¡Cuánto deseo llevarle almas a mi Jesús!”, Santa Isabel de la Trinidad, llamada por Dios y meditando la Carta de San Pablo a los Efesios, descubre su vocación de Laudem Gloriam, es decir, de ser Alabanza de Gloria. Ese será el nombre que adoptará y con el que firmará muchas de sus correspondencias, como aquella que le escribe a su hermana Margarita, desde el Carmelo de Dijon, el 24 de junio de 1906.

Será por petición de Margarita, Guita, que Isabel redacte su pequeño tratado sobre la vocación de una Alabanza de Gloria y así nace “El cielo en la fe”, que hace parte de su doctrina y de sus obras.



Escribirá Isabel: “Yo también debo ser instrumento del que el divino Esposo haga brotar las armonías que más le agraden. Sencillamente debo secundar su acción, correspondiendo a su gracia. Debo desaparecer para glorificarlo totalmente”.

Esa gloria, esa alabanza, la realizará ella con la vida misma, con su oración. Su corazón se levanta en esta vida para enaltecer a ese Dios Amor y todas sus acciones, pensamientos y movimientos van encaminados a agradar al Amado, movida por el Espíritu Santo.

“En el cielo de su alma, la alabanza de gloria empieza ya el oficio que ejercerá en la eternidad. Su cántico nunca se interrumpe, porque vive bajo la acción del Espíritu Santo que lo obra todo en ella. Y aunque no siempre tenga conciencia de ello, porque la debilidad de la naturaleza no le permite vivir con la mirada fija en Dios sin distraerse, esa alma está siempre cantando, está siempre adorando; por así decirlo, se ha transformado totalmente en alabanza y en amor, apasionada por la gloria de su Dios” (El cielo en la fe).





¿Cómo responder, entonces, a nuestra vocación y conseguir, a ejemplo de Isabel, ser perfectas alabanzas de gloria de la Santísima Trinidad en nuestra cotidianidad? “¿Cómo hacer realidad ese gran sueño del corazón de nuestro Dios, esa voluntad inmutable sobre nuestras almas?” (El cielo en la fe).

Nuestra carmelita descalza nos comparte su pequeño, pero profundo testamento, que nos da unas pautas para convertirnos en perfectas alabanzas de gloria:

1. Debemos morar en Dios, permanecer en Él. “Es el Verbo de Dios quien da este mandato, quien expresa esta voluntad” (El cielo en la fe). No podemos buscarlo a medias, ni cada vez que nos acordemos. Todo en nosotros debe estar centrado en Dios: el trabajo, nuestras actitudes, el trato que demos a las personas, la capacidad de sufrir y de amar, las decisiones que tomemos, nuestra voluntad.

2. Nuestro amor ha de ser puro y desinteresado. Nos aconseja Santa Isabel de la

Trinidad: “sin buscarnos a nosotros mismos en las dulzuras de ese amor. Se le ama independientemente de todos los dones que nos ha dado y aunque no recibiéramos nada de Él”. Por eso, si queremos llegar a ser una verdadera alabanza de gloria es tiempo de dedicar nuestra vida a corresponder con prontitud al amor misericordioso de Dios, sin esperar recibir beneficios por las obras que realizamos y mucho menos condicionar ese amor según lo que Dios nos concede, o no, para bien de los que ama. El Maestro nos enseña: “Gratis lo recibiste, dadlo gratis” (Mt 10.8). **Aunque no recibas lo que tanto pediste en la oración, ¿das gracias a Dios porque te permite hallar enseñanzas y oportunidades hasta en los momentos de dificultad? ¿Condicionas tu relación con Dios por lo que Él es o por lo que hace por ti?**

3. Una alabanza de gloria es una persona que se reconoce como hija de Dios y vive como tal. Se deja conducir por la voluntad de Dios a través de cada acontecimiento y circunstancia. “¡Felices, pues, los que escuchan la palabra de Dios y la observan! (Lc 11, 28). “Esa alma debe entregarse totalmente, locamente, a hacer esa voluntad, hasta el punto de no querer sino lo que quiere Dios” (El cielo en la fe). **¿Acoges con docilidad la voluntad de Dios o impones tus propios deseos?**

4. Se necesita saber vivir en silencio para ser alabanza de gloria; más que en lo exterior, en lo interior para escuchar la voz de Dios que habla al corazón.

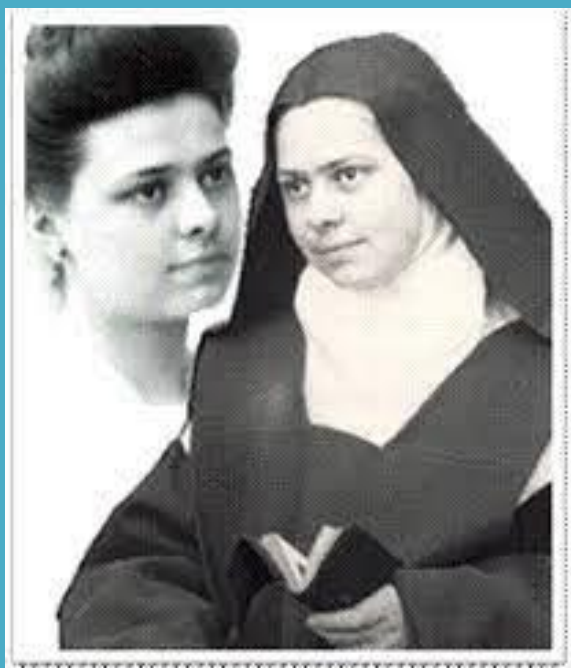
5. Nuestra mirada ha de estar puesta en Dios, como Isabel lo aprendió también a través de las enseñanzas de su madre Santa Teresa de Jesús: “Los ojos en Cristo”, “los ojos en vuestro Esposo”, “los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar”, “¡Oh Señor!, que todo el daño nos viene de no tener los ojos puestos en Vos”. “Puestos los ojos en su grandeza, corramos encendidas en su amor”; “Pongamos los ojos en

contentarle”; “Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco”. “Erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino”. “¿Es mucho que a quien tanto os da volváis una vez los ojos a mirarle?”.

6. Una alabanza de gloria es una persona que vive en constante diálogo con el Señor, lo encuentra en todas partes y le presta atención. Todo le ofrece por amor: sus alegrías y tristezas, sus luchas y sus logros, su bienestar o su enfermedad.

7. Finalmente, nos dice Santa Isabel, debemos vivir en continua acción de gracias. “Todos sus actos y sentimientos, todos sus pensamientos y aspiraciones, a la vez que le van enraizando profundamente en el amor, son como un eco del Sanctus eterno (...) Seamos, en el cielo de nuestra alma, alabanzas de gloria a la Santísima Trinidad y alabanzas de amor a nuestra Madre inmaculada. Un día el velo caerá y seremos introducidas en los atrios eternos, y allí cantaremos en el seno del Amor infinito. **Y Dios nos dará el nombre nuevo prometido al vencedor** (Ap 2,17). ¿Qué nombre será ese...?”.

“Laudem Gloriam”





Sabía usted que...

1. María Isabel Catez Rolland nació el 18 de julio de 1880 en un barracón militar del campamento militar de Avon, cerca de Borgos, en Francia.

2. Desde muy niña, Isabel demostró poseer un carácter fuerte y difícil: colérica e irritable, pero cariñosa y noble. Se enfada y coge grandes rabietas, pero se arrepiente y pide perdón. El esfuerzo y la lucha por dominar su carácter será una constante en la vida de Isabel. De esta batalla sale victoriosa en su adolescencia.

3. La muerte de su padre, Francisco Catez, cuando Isabel tiene siete años, la llevará a conocer pronto el sufrimiento, el cual será su fiel compañero en el camino de su vida.

4. A los siete años recibe sus primeras enseñanzas: cultura general, gramática, literatura y luego algo de inglés. Su madre, María Rolland, la inscribe en el Conservatorio de Dijon donde recibió dos premios, uno de piano y otro por excelencia. La música ocupará un lugar central en su formación y en su vida.

5. Desde muy joven, Isabel está enamorada de Jesús. El significado de su nombre, "casa de Dios", la emociona. A partir de su Primera Comunión el sentimiento de estar habitada por Dios se convertirá en algo cotidiano para ella.

6. A sus 19 años desea ingresar al Carmelo, pero su madre no se lo permite. Mientras espera este momento tan anhelado, vive ya en el mundo el espíritu del Carmelo. Ingresará a sus 21 años de edad.

7. Dos cosas arden en el corazón de Isabel:

- a) Su vivencia del misterio de la Trinidad.
- b) Su misión en la Iglesia: ser Alabanza de Gloria.

8. A sus 18 años va descubriendo la presencia trinitaria, pero será un año después que ayudada por el padre Vallé, dominico, tomará conciencia de lo que los teólogos han dado por llamar la Inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma.

9. Muere a los 26 años por la enfermedad de Addison, conocida también como insuficiencia suprarrenal.

10. Beatificación: 25 de noviembre de 1984 por el papa Juan Pablo II.

11. Canonización: 16 de octubre de 2016 por el papa Francisco. Su memoria se celebra el 8 de noviembre.

“Me gusta mucho pensar que lo he dejado todo por Él. ¡Es tan dulce dar cuando se ama! ¡Y yo le amo tanto..., a ese Dios que está ansiando tenerme toda para sí! Siento tal despliegue de amor sobre mi alma...Es como un océano en el que me sumerjo, en el que me pierdo... Él está en mí y yo en Él. Solo tengo que amarle y dejarme amar”.

Fuente: Obras Completas – Folleto centenario.

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS - CALI
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA
NOVIEMBRE 2022



Correo electrónico: karmelocdszonasur@gmail.com

Contacto: (+57) 3172546790